INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

EL TENIENTE GENERAL
Don BARTOLOME MITRE

Biógrafo insigne del General San Martín

Palabras del Coronel (R.)
Don BARTOLOME DESCALZO

Conferencia del Dr.
JUAN PABLO ECHAGÜE

---

23 DE NOVIEMBRE DE 1949

BUENOS AIRES

PALABRAS DEL SEÑOR CORONEL (R.) DON BARTOLOME DESCALZO, PRESENTANDO AL DOCTOR JUAN PABLO ECHAGÜE

———

Señores consejeros del Instituto Nacional Sanmartiniano, representantes de las altas autoridades de la Nación del intendente municipal y de las instituciones armadas; señores profesores y maestros; "Preceptores del general San Martín", señoras y señores:

No puedo ni quiero disimular que experimento una honda emoción y una gran satisfacción al tener que cumplir con la práctica de presentar al señor conferenciante, que es nuestro vicepresidente. Reconozco que, en el caso, cualquiera de nuestros consejeros se desempeñaría mejor que yo en el sentido intelectual, pero no en el *sentimental personal, ni en el del profundo afecto, ni en el del mayor respeto* por nuestro querido vicepresidente.

Mis palabras, en nombre del Consejo Superior del Instituto Nacional Sanmartiniano, serán solamente, como de atenta introducción a este acto y de agradecimiento íntimamente anímico, a las altas autoridades y al selecto y distinguido auditorio que con su presencia reconforta el espíritu reverencial por el pasado glorioso de la Nación, conformando este homenaje al Gran Capitán en el día de la recordación del 152º aniversario de su *esposa y amiga*, la heroína de la abnegación. Palabras de agradecimiento adelantado al ilustre conferenciante, cuya biobibliografía en una *extrema y muy ligera sín-*

tesis hemos entregado a los distinguidos señoras y señores asistentes como un recuerdo de la conferencia que van a escuchar y que por múltiples razones perdurará en la mente y en el corazón de cada uno.

Debería solamente decir: El Dr. D. Juan Pablo Echagüe nos va a brindar una conferencia que versará sobre *"El teniente general D. Bartolomé Mitre, biógrafo insigne del general San Martín"*.

Pero ha de permitírseme, completando la síntesis biobibliográfica del Dr. Echagüe que el Instituto Nacional Sanmartiniano ha distribuído, agregar algunas palabras sobre el ilustre conferenciante.

Nacido en San Juan, en un hogar argentino, católico y *doblemente distinguido* por la rama paterna y la materna.

Don Pedro Echagüe, su padre, porteño, fué escritor, poeta, dramaturgo y militar. Su señora madre, doña Epifania de la Barrera, dama sanjuanina de respetado linaje, fué todo eso, *dama y señora*, título que los hijos más valoran cuanto más avanzan en la vida.

Tiene el Dr. Echagüe mucho del padre y mucho de la madre. Amigo de varonil afecto, leal, sincero, fraternal.

Conserva un tanto de la ceremoniosa atención recíproca en el trato que guardaron nuestros mayores de las clases cultas.

Si hubiese continuado su carrera militar, habría descollado, porque tiene el fuego sagrado del amor a la patria. Habría seguido la ahincada huella que en la historia del país dejó su señor padre. Pero no era su destino.

Desde muy joven se distinguió y señaló como uno de los más altos valores de la intelectualidad argentina. Después de seguir cursos en la Sorbona de París, fué ensayista, crítico teatral, periodista, escritor de imaginación.

Es un abanderado de la alta cultura argentina, que ha hecho flamear su bandera en el Viejo Mundo, difundiendo allá las letras de nuestro país,

siendo el autor del primer tratado de reciprocidad literaria, al que sigue la corriente de conferenciantes extranjeros a Buenos Aires. Esta es su iniciación como embajador de propias credenciales de la cultura argentina y sin que sea la *terminación,* pero sí un homenaje a sus méritos, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil ha hecho traducir y publicar el libro "Seis Figuras do Prata", que es una valiosa contribución a la obra de aproximación continental que conforma el ideario sanmartiniano.

En las esferas de la alta cultura, el Dr. Echagüe es considerado como uno de los primeros estilistas de la América latina por la pureza, la armonía y la fuerte y sobria contextura de su prosa.

Ahonda en los problemas de nuestra historia sin perder la *tersura y limpidez* de su estilo literario noble y vigoroso.

Periodista, ha pensado y escrito mucho en la casa del *periodista, pensador y escritor ilustre, insigne biógrafo del general San Martín,* el teniente general Don Bartolomé Mitre.

Profesor, miembro de número de las primeras academias del país; miembro correspondiente de las análogas de otros países; condecorado *Gran Oficial, Comendador,* Oficial en la "Orden Nacional de la Legión de Honor de Francia", a título de "hombre de letras".

Escritor que va a completar sus cuarenta obras, cada una más hermosa que la otra dentro de su tema. Están todas citadas en la biobibliografía que se ha distribuído.

Sólo quiero repetir para compromiso del conferenciante: que anuncia la publicación de sus "Memorias".

Es una promesa y una gran esperanza.

En una de sus últimas conferencias dijo el doctor Echagüe: "Al término de nuestras vidas habremos de responder, según la fe cristiana, a esta tremenda pregunta: ¿Qué has hecho en tu vida?".

El Dr. Echagüe va a responder conforme a mis convicciones y esperanzas:

"He servido a mi patria en el campo de la alta cultura, y *dedicaré mis últimos días a la glorificación del Gran Capitán, Libertador, José de San Martín".*

ración del primer tratado de reciprocidad intelectual, el que diera la corriente de conferenciantes extranjeros a Buenos Aires. Esto es tan indicativo como [illegible] de grandes [illegible] de una cultura argentina y sin que sea la terminación [illegible] en él, un homenaje a sus ¡méritos, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil ha hecho traducir y publicar el libro "Sala Capital do Brasil", que es una valiosa contribución a la obra de [illegible] continental que [illegible] el [illegible] [illegible].

En las esferas de la alta cultura, el Dr. [illegible] es considerado como uno de los primeros [illegible] de la América Latina, por la pureza, la armonía y la fuerza y [illegible] [illegible] de su prosa.

Ahonda en los problemas de nuestra historia, al [illegible] el [illegible] y [illegible] de su estilo [illegible] noble y [illegible].

Periodista, ha pensado y escrito mucho en la [illegible] [illegible], [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible], el [illegible] general Don [illegible] Mitre.

Profesor, miembro de número de las principales academias del país, miembro correspondiente de las análogas de otros países, [illegible] [illegible], Comendador, Oficial de la [illegible] Nacional de la Legión de Honor de Francia, y autor del "Tesoro de letras".

Escritor que ya ha conquistado [illegible] [illegible], cada una más [illegible] que la otra [illegible] de su [illegible]. [illegible] todas [illegible] en la [illegible] [illegible] de su [illegible].

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] que [illegible] la [illegible] de sus [illegible] [illegible].

[illegible] [illegible] y [illegible] [illegible].

En una de sus últimas [illegible] [illegible] [illegible]: "Al término de [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] a esta [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] en mi vida".

El Dr. [illegible] va a [illegible] [illegible] a [illegible] [illegible] y esperanzas.

"He servido a mi patria en el campo de la [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

CONFERENCIA DEL Dr. JUAN PABLO ECHAGÜE

MITRE HISTORIADOR DE SAN MARTIN

Cuando el país entero se levantó para celebrar el jubileo del general Mitre, habló el patriarca a sus compatriotas para darles una lección más de noble humanidad y legítimo nacionalismo. Entre otras palabras monitoras y profundas, díjoles entonces: "No hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos, como no las hay en la naturaleza... Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente, en nuestra conciencia, incorporadas al organismo de las generaciones nuevas, que, animadas por ellas, siguen adelante con varonil aliento, vigorizando su acción".

Quien así hablaba sabía muy bien cuánto significan los altos ejemplos de heroísmo y de virtud para iluminar en su marcha hacia el futuro la existencia de una nación. El que de adolescente fué poeta y luego proscripto y soldado en años de lucha idealista, gestor de la unidad nacional, vencedor de Pavón, presidente de la República organizada, general de ejércitos y fundador de nobles empresas culturales, hombre de estudio y hombre de letras, periodista de alta alcurnia y arquetipo civil, sintió desde muy joven la atracción de la Historia; no sólo porque él mismo la había hecho durante períodos cruciales de la evolución argentina, sino porque comprendía muy bien que, como todo pueblo nuevo cuyo destino apenas empieza a plasmarse en moldes todavía inseguros, necesitábamos forjar el troquel recio de los grandes recuerdos y guiarnos

por la estrella conductora de los númenes patricios para marchar con seguro paso hacia nuestro destino.

Unificado estaba ya el país, por obra de una alianza cordial, en el epílogo de dilatada lucha. "A la luz del sol, en las tinieblas de la noche, sobre la tierra empapada en sangre, sobre el suelo cubierto con las cenizas del incendio, nos hemos buscado impelidos por misteriosas fuerzas de atracción —decía Mitre en aquella hora—. Nos hemos reconciliado, nos hemos abrazado, nos hemos ayudado los unos a los otros para vendar las heridas y reedificar el altar caído de la patria; y los sentimientos diversos, malos o buenos, de los distintos ciudadanos, se han confundido al calor de un ardiente sentimiento de patriotismo, como los diversos perfumes que, arrojados al fuego, se confunden en una sola nube de aromas".

Para que aquel fuego no se apagase nunca, para que continuase su obra bienhechora de unificación, era menester insuflarle el aliento de los grandes ideales que dieron nacimiento a la "nueva nación" de que habla la canción de la patria. Y aquel aliento nos venía de nuestra historia, tan breve y tan rica en experiencias; historia acaso turbulenta, pero iluminada por resplandores de heroísmo. Por eso Mitre, historiador por vocación, fué también historiador por convicción ciudadana; por eso consagró sus pacientes estudios y sus largas vigilias a escribir las magistrales historias de San Martín y de Belgrano, figuras cumbres y símbolos representativos de los ideales gestores de la Revolución y de la Independencia. He aquí dos ejemplos en cuya fibra la argentinidad se retempló y seguirá retemplándose a través de los siglos.

El patricio Mitre, historiador de San Martín —padre de nuestra nación—, constituye la más esplendente conjunción estelar que pueda alumbrarnos los rumbos del porvenir. Honrar al héroe máximo y rendirle justicia en un libro perdurable, ¡qué magnífica ofrenda de gratitud y patriotismo! Cuando una empresa tal es realizada por un investigador y un escritor de la talla de Mitre —prócer también él de singulares perfiles—, la obra alcanza la significación de una lámpara votiva encendida para siempre en el ara nacional.

En sus "Comprobaciones Históricas" expone Mitre claramente su concepto sobre la responsabilidad del historiador.

"Como la filosofía de la historia no puede escribirse sin historia —afirma—, la historia no puede escribirse sin documentos que le den la razón de ser; porque los documentos, de cualquier manera que sean, constituyen, más que su protoplasma, su substancia misma". Y agrega: "Cuando decimos documentos no nos referimos simplemente a textos desautorizados o papeles aislados, sino a un conjunto de ellos que forman sistema, que se relacionen entre sí, se expliquen o corrijan los unos por los otros y presenten los lineamientos generales del gran cuadro que el dibujo y el colorido completarán". Estas afirmaciones, nacidas de su propia experiencia en la labor intelectual y de su vasta cultura historiográfica, nos explican su doctrina del método, al cual el investigador serio debe someterse cuando se aplica a develar el pasado. Mitre inaugura entre nosotros una nueva escuela histórica, basada, no ya en la simple tradición más o menos fantaseada, en las interpretaciones conjeturales, en el partidismo del escritor —tal como había venido haciéndose entre nosotros—, sino en los postulados más severos de la ciencia y de los sistemas consagrados por los modernos maestros del género, quienes fundamentan su labor en la comprobación analítica de la verdad sobre la base de pruebas documentales y de lógicas relaciones de causa a efecto. Así lo puso de manifiesto, excelentemente, mi eminente amigo el doctor Ricardo Levene, presidente de la Academia Nacional de la Historia, en su estudio sobre las ideas históricas de Mitre.

Con tales antecedentes en su labor, Mitre podía replicar así a quienes quisieron corregirlo: "En mis páginas no se narra un solo hecho, no se indica un solo gesto ni se avanza una sola opinión que no pueda ser documentada". Sus infatigables jornadas de trabajador del espíritu, su paciente pesquisar, su consagración exclusiva a la tarea, su serenidad reflexiva, su ingente saber, su clarividente conocimiento del país, en el cual tenía desarrollada él mismo su acción procérica, aseguraban la eficiencia de sus empeños. Su ecuanimidad y su concienzuda práctica de la exégesis permitíanle afirmar, después de haber hecho la crítica externa e interna de los documentos: "No hay hechos fortuitos en la historia: todos ellos tienen su correlación lógica". Y también: "Es necesario dar ordenación, clasificándolos, a esa masa de hechos informes o no bien definidos; desprender de ellos su interdependencia

necesaria; asignarles su significado, desentrañando la acción consciente de los actores en ellos, así como el resultado fatal que debían producir o han producido".

Nadie, pues, podía en su época arrojar mirada tan lúcida como Mitre sobre el vasto escenario de América, siguiendo el itinerario sanmartiniano. Nadie podía juzgar como él al hombre, al héroe, al mentor nacional aquilatando la magnitud de su hazaña. Y para que nada le faltase, poseía el historiador las indispensables aptitudes de evocador y de colorista que le prestarían a su obra, no sólo la austera fisonomía del rigor científico, sino también esa riqueza de expresión y de evocación que la transforman en obra de arte. ¿No ha dicho acaso un alto maestro que la historia debe ser ciencia, arte y literatura? Mitre adolescente fué poeta y la literatura su vocación primera. Quizá cuadre reproducir aquí aquella anécdota que él gustaba recordar aplicándola a sí mismo.

"Un pobre pastor —refería—, hablando consigo mismo, solía decirse: ¡Ah, si yo fuera rey!... Y bien, ¿qué harías?, le preguntó uno que le oía sin él advertirlo. ¿Qué haría? ¡Cuidaría mis ovejas a caballo!... Digo lo mismo —concluía Mitre—. Si fuera rey, haría versos por el gusto de hacer versos... a caballo".

¿No nos revela este cuento la tenacidad de su vocación lírica? Bien pronto el poeta fué reemplazado en él por el hombre de acción primero y por el investigador después, sin que dejasen por eso de subsistir en su espíritu las cualidades líricas que vivificarían sus páginas de historia, sin caer en el dominio de la fantasía y sin descuidar los rigores del método.

Para mejor comprender el esfuerzo realizado por Mitre en sus trabajos de investigación documental, necesario es recordar las condiciones de la época en que debió llevarlas a cabo. Cuando contaba apenas veintidós años, escribía: "Mis apuntes tenderán con preferencia a la historia de estos países, y muy especialmente de su inmortal revolución. Hace mucho que no me ocupo de este trabajo. He escrito ya bastante, tengo notas, pero para prepararse a esta tarea es necesario que preceda un estudio detenido de la historia, estudio que consignaré en estas páginas, blancas aun, y que creo que me servirán para la formación de mi obra...".

Frecuentemente se vería interrumpida esa obra, mientras duró aquella juventud sacrificada por las

convulsiones políticas, por la lucha en procura de la constitución y de la organización nacionales, por la persecución y por el destierro; por todas las circunstancias, en fin, que marcaron tan azarosa vida con el sello indeleble de los predestinados. Sin embargo, su firme vocación de la juventud realízala el hombre a lo largo de sus días densos y fecundos; y más tarde encuentra el tiempo que le hace falta para reunir documentos, compulsar archivos, clasificar pruebas, ordenar materiales y ofrecer así a sus compatriotas la biografía del héroe, verdadero pedestal de su gloria, a la vez que insuperada evocación del proceso emancipador americano. Pues, en efecto, en su obra Mitre no estudia solamente la vida del general San Martín: en torno a su figura central pinta el escenario y analiza el grandioso drama de la independencia sudamericana, de la cual él fué paladín y profeta. Aparecía San Martín en el escenario aquel como el primer gran militar de escuela; y en su espada como en sus ideales, en su austera conciencia y en su acción desinteresada y pura, vinieron a converger la iniciación y la realización del trascendente plan internacional, que por los Andes y el Pacífico podía asegurar la libertad del Continente entero. Esta gravitación decisiva del héroe imponía a la obra de Mitre un plan vasto y en extremo complejo. Hacíase necesario fijar las condiciones, los hechos y la proyección de los hombres que en toda la extensión de la América del Sur iban a convertirse en actores o en fuerzas dinámicas dentro del cuadro general de la epopeya. Así como en la vida de Belgrano fija Mitre el proceso formativo de la sociedad colonial y los orígenes de la Revolución de Mayo, en su historia de San Martín le fué preciso fijar el ambiente y la posición de los países sudamericanos envueltos en la contienda. Por otra parte, en esta historia de San Martín debía considerar como factor decisivo de la empresa, no ya un grupo humano más o menos numeroso, ni ciertos movimientos colectivos del sentimiento o de la opinión, sino el elemento individual, la palanca poderosa que desde el espíritu de un hombre de genio, erguido frente a todos los intereses subalternos, iba a transformarse en resorte maestro de la acción. La emancipación por el Pacífico fué la concepción de un vidente, y Mitre se aplicó a desentrañar, en el encadenamiento de los sucesos y en la cambiante fisonomía de paisajes y pueblos,

los impulsos morales y la voluntad creadora que desde el alma de un solo hombre concertaba los hechos, gravitaba sobre los seres y conducía la operación. Era aquélla la hora más negra de la anarquía argentina, el punto neurálgico del caos nacional. San Martín estuvo solo frente a su conciencia, porque gobierno alguno le ordenaba su cruzada libertadora, ni hubo autoridad constituída capaz de respaldarle las decisiones. Pero encaró su destino con la serena convicción del que cumple una misión superior a todo egoísmo y a toda contingencia política. La providencia americana parece haberse encarnado en aquel héroe singular, y le dirige los pasos en su marcha hacia el Pacífico, a través de la Cordillera, o en su glorioso peregrinaje hacia el Perú. En verdad, no parece sino que Dios mismo le inspira, desde su decisión de abandonar a España y su carrera para volver a la patria lejana. San Martín es el numen conductor. Lleva la patria consigo, en los colores de su bandera y en los latidos de su corazón; y lleva también las patrias de los hermanos de América en la vaina de su sable y en los impulsos generosos de su voluntad. Comprender cuanto había de excepcional y de trascendente en esta figura; señalar cuanto hubo de personal y de responsabilidad privada en esta empresa, constituye la gloria conquistada por Mitre, al componer su libro, al inclinarse —en interminables vigilias de trabajo— sobre los viejos papeles y sobre los vestigios de la historia, sobre el alma de los muertos y sobre las incógnitas del pasado.

Desde luego, debía presentar el cuadro completo de la guerra emancipadora en países que, como Venezuela, Colombia y Ecuador, tuvieron un destino cruento en sus luchas iniciales por la libertad, y que jalonaron con victorias y desastres alternados los primeros movimientos revolucionarios.

"En ninguna de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas —escribe Mitre— la guerra por la emancipación fué más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela". Y agrega después: "Los argentinos dieron a la América el genio de San Martín, Venezuela le dió el genio de Bolívar". Estas palabras, que ya inician el paralelo entre los dos héroes, le permiten luego desarrollar un estudio completo sobre las condiciones telúricas y sociales de aquella región, estudio que revela un profundo saber, capaz de gravitar tanto sobre los re-

cursos naturales que le dieron fisonomía especial a la lucha, sobre los rasgos geográficos y la formación sociológica de aquellos pueblos, como sobre la psicología y caracteres del llanero venezolano, de tan importante actuación en los ejércitos del Norte. Y el retrato del llanero, trazado con pluma maestra, ha de unirse luego con los retratos no menos logrados y vivientes de Miranda o de Bolívar. Ambos personajes fueron figuras centrales en distintas épocas de la lucha; ambos alzaron su prédica en el país convulso y ensangrentado, y Bolívar debió enfrentar las condiciones de una guerra que Boves y Morales —los generales realistas de la contrarrevolución— habían hecho despiadada en grado sumo. Junto a la de Bolívar, la imagen de Antonio José de Sucre surge del libro de Mitre con perfiles de singular relieve; y porque Mitre había aprendido cuánto valía un juicio de San Martín sobre los hombres, repite, para abonar sus propias reflexiones, las palabras que en su hora mereció el vencedor de Ayacucho, de quien, afirma nuestro Gran Capitán, fué "uno de los hombres más beneméritos que produjo la república de Colombia". Estudiados los hombres y las tierras, puede el historiador seguir las alternativas de la lucha en Venezuela y Nueva Granada, ajustándose luego un plan semejante en cuanto atañe al Perú, cuyas condiciones geográficas y humanas, destaca, al mismo tiempo que la fisonomía característica de la sociedad limeña en la época de la Revolución, y de la actuación sanmartiniana. Agrega a todo ello el retrato de los hombres que en aquella hora tuvieron la responsabilidad tremenda de los acontecimientos. Así preparados el escenario y los actores, puede el historiógrafo seguir la trayectoria de San Martín a través de los Andes hasta el Perú; puede medir la grandeza del plan continental que inspira su conducta y acercarse al campo de batalla o a los vericuetos de la política, abonando sus conclusiones con la riqueza de un acervo documental que, en su tiempo, no podía ser superado. Desde los peldaños iniciales de 1812 hasta las primeras campañas en la patria y el histórico gobierno de Mendoza; desde la campaña de Chile hasta el desembarco en Pisco o la campaña de Arenales en la sierra; desde las operaciones de Cochrane en El Callao hasta la toma de Lima, la sucesión heroica de la hazaña es estudiada minuciosamente y expuesta en límpido relato. La jura

de la independencia peruana el 28 de julio de 1821 y la proclamación de San Martín como Protector del Perú le han de permitir trazar un retrato moral del héroe, que va desprendiéndose rasgo a rasgo de las alternativas de la historia y de los resortes de la conducta. Mitre llama a San Martín "un genio concreto", porque todo cuanto soñó y realizó el gran argentino tuvo siempre un objetivo final claro y preciso, logrado al fin en realizaciones que marcaron el rumbo a los países por él recorridos con su ejército.

"En Cuyo es un verdadero creador —dice Mitre de su héroe— que remueve y maneja hombres y cosas, y lo dispone todo según un plan preconcebido; que coordina elementos contados; disciplina voluntades subordinadas, realiza por instinto utopías y planes, y hace brotar legiones y tesoros del suelo erial que pisa, como un Hermes Trimegisto, para fundar nuevas naciones, haciendo dar a los hombres y a las cosas todo lo que podían dar de sí; y a sus cualidades todo su temple y elasticidad, como la hoja de una espada de Toledo. El secreto de su potencia como hombre de acción y pensamiento consistía en la fuerza de su voluntad concentrada y puesta en tensión, que le hacía ver claro su objetivo en su círculo de actividad, sin vacilaciones ni desperdicio de fuerzas..." Mitre ha visto claro también en la falta absoluta de ambiciones de mando del Libertador, así como en su aguda perspicacia crítica, que le hacía juzgar a los hombres con seguridad y a los hechos con amplia perspectiva. Tenía "ideas propias y criterio seguro, —agrega Mitre,— se daba cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza..." Por todo ello, —y por la llama sagrada del heroísmo que ardía en él,— era el hombre del destino, consagrado a delinear "un nuevo itinerario militar a través de un continente; el paso de los Andes combinando sus movimientos con la configuración de las montañas; la marcha estratégica de Chacabuco, las maniobras tácticas sobre el campo de batalla de Maipú; la dilatación de las armas independientes a través del mar Pacífico; las complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú, y sus proyecciones para determinar el punto de convergencia de los ejércitos de independientes en el centro de América, cerrando el círculo de la lucha con la espada del Libertador: he ahí las

grandes líneas definidas en que su genio se dilata en la medida de su compás, a que debe agregarse su genio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado".

Aun ensanchando este juicio, aquilatándolo con su exacta comprensión de las intenciones del héroe en su correspondencia con Bolívar, y en sus tratados con los libertadores del Norte para afianzar la obra realizada en el Perú, sería todavía incompleto sin las reflexiones que a Mitre le inspira la conferencia de Guayaquil y su paralelo entre ambos libertadores. Del análisis de aquellos hechos, tal como él llegó a conocerlos, surgió en su espíritu la imagen iluminada del padre de la patria, y pasó a las páginas de su libro con las proyecciones épicas y morales que el héroe asume en el recuerdo enfervorizado de todos los argentinos.

Dados el carácter de Bolívar, y las ideas que le movieron en sus últimas campañas americanas, y dados también el carácter de San Martín y el único objetivo de su existencia y de su carrera, es decir, el sueño de la independencia americana, de la conferencia de Guayaquil no podía surgir, según la reflexión y las conclusiones de Mitre, sino el retiro de San Martín del escenario de la guerra, la generosa entrega y su alejamiento magnánimo en favor de la causa común. Para Mitre, Bolívar abrigaba un plan de consolidación americana que había de tener en el libertador de Venezuela su único jefe; mientras que San Martín no perseguía otro objeto al concurrir a aquella cita histórica, que el de poner pronto epílogo a la lucha por la independencia. En la carta que el héroe argentino escribió poco después de la conferencia al general venezolano, afirmaba que, aun cuando la emancipación americana era ya un hecho irrevocable, la prolongación de la guerra que había de sellar tanta ventura, sería causa de ruina y destrucción para los países que ansiosamente la esperaban desde hacía años; y agregaba San Martín que era el más sagrado deber de quienes conducían aquella empresa común, el evitar tantos daños y buscar inmediata solución al largo drama. San Martín había llegado, como se sabe, hasta el punto de ofrecer a Bolívar combatir bajo sus órdenes; y es necesario subrayar ante la posteridad aquel lenguaje espartano del héroe de nuestra patria, que en aras de la causa sagrada pudo compendiar su inmenso sacrificio y darnos la exacta dimensión de su gloria, al decir

a su interlocutor atónito: "Bien general: yo combatiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su segundo". Aquella victoria moral sobrehumana, única en la historia para honra de la Nación Argentina, es para Mitre la piedra de toque en que hubo de revelarse entero el genio y el temple del Capitán de los Andes. La posteridad confirma ese juicio, y me atrevo a afirmar que no existe, que no puede existir un pecho argentino en el cual ese recuerdo y ese ejemplo moral no se alcen cada día, con la intensa vibración con que viven en la intimidad de nuestro espíritu las más caras enseñanzas de nuestros padres, los más puros recuerdos del hogar, y los dogmas venerados de la fe heredada. En el escenario histórico que el libertador argentino abandonara voluntariamente, la batalla de Ayacucho fué, en resumen, el triunfo moral de San Martín.

. . . .

El poder de persuasión que poseen los libros del general Mitre, y en especial su historia de San Martín, no surge de una especial aptitud dialéctica del autor, ni de un derroche de elocuencia retórica. El lector descubre sencillamente la verdad entre sus páginas, en el relato de los hechos y en el apoyo de las pruebas, en la sinceridad y la agudeza de la reflexión y en el sereno equilibrio de los juicios. Así, en el caso de la conferencia de Guayaquil, como en el del paralelo entre los dos libertadores, la opinión de Mitre fluye naturalmente como el agua del manantial. Podrán las investigaciones posteriores o los descubrimientos documentales que se sucedan en el tiempo, reflejar nuevas luces sobre muchos sucesos de aquellas dramáticas jornadas, pero el juicio del cronista aparece tan sólidamente fundamentado que continuará siendo válido mientras que algún inesperado encuentro en los archivos no justifique su revisión. Y no son menos ilustrativos sobre la personalidad de San Martín o sobre el carácter de Bolívar, los capítulos que dedica Mitre a historiar los sucesos posteriores a la despedida del libertador argentino, el final de la guerra y los sueños de Bolívar de organizar una confederación americana. "Nada menos soñaba el Libertador —dice Mitre— que subordinar a su influencia las Provincias Unidas como regulador; llevar adelante en unión con ellas la guerra con el Brasil, derribar el único trono le-

vantado en América y remontar de regreso la corriente del Amazonas en su marcha triunfal a través del continente subyugado por su genio..." Pero Mitre opone, en la perspectiva histórica de su libro, la voluntad del gobierno de Buenos Aires, —entonces en manos de Rivadavia— dispuesto a afirmar la hegemonía de las provincias, a las cuales la espada de San Martín había hecho libres y dueña de su destino. Cuando Chile adhiere a este criterio y resiste la idea del Congreso de Panamá, concebido como un árbitro de la suerte de las nuevas naciones, triunfa, en realidad, el sueño de San Martín, que en su banquete de despedida había augurado la constitución de cada uno de los países americanos como dueño absoluto de su soberanía.

. . . .

Alguien ha dicho que el pensamiento histórico de Mitre es siempre una comprobación, y a fe que ésta es la verdad. La investigación prolija e incansable y la crítica de las fuentes documentales forma el seguro andamiaje de su obra; y la austeridad de su conciencia le da bases tan sólidas a su criterio que, en realidad, sólo él pudo fundar en su tiempo, con su ejemplo y con su labor, toda la nueva escuela historiográfica argentina. Aun hoy, después que tantas investigaciones y nuevos aportes documentales han venido a esclarecer o confirmar sucesos del itinerario sanmartiniano, es necesario volver muchas veces a la obra de Mitre y penetrar en sus páginas como quien entra en el viejo y respetado recinto de un verdadero panteón de las glorias nacionales. Pero es que el sostén crítico y documental de este libro no es su único valor. Retratista admirable, con un poder de síntesis en el trazado final de la imagen y en el ensamblamiento de los caracteres humanos, Mitre nos ha dejado numerosas páginas de psicología individual y de psicología comparada que explican las repercusiones y las consecuencias de los hechos historiados. Así, su paralelo de Bolívar y San Martín es una página de perdurable belleza y extraordinaria finura de observación. Su juicio sobre San Martín tiene acentos impresionantes. "El tiempo ha dado a San Martín —dice— la corona de primer capitán del Nuevo Mundo", y "mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió se deshizo en vida, y se ha disipado como un sueño", la obra ciclópea de San

Martín "vive aún en las autonomías que él fundó". Para juzgar a ambos héroes en su acción guerrera, necesitábase entonces un hombre que, como el general Mitre, poseía la autoridad y la experiencia que le conferían su propia y larga actuación militar en los ejércitos de la organización nacional. En el vencedor de Pavón o en el generalísimo de la Triple Alianza la palabra asume proyecciones de sentencia cuando habla del Héroe de Maipú:

"Pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada, con una idea en la cabeza, fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de las consecuencias. Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victorio, fué él quien lo descubrió y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Sólo él, entre sus contemporáneos, era capaz de crear, con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército compacto, animado de una pasión americana; traspasar los Andes y vencer matemáticamente como venció en Chacabuco y Maipú. Sin él no se habría dominado el mar Pacífico, según las previsiones de su genio, ni se hubiera realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fué autor, y la dilatación de la insurrección americana es imposible".

Y concluye Mitre en su juicio sobre San Martín: "Toda su juventud es un duro aprendizaje de combate. Su primera creación es una escuela de táctica y disciplina. Su carrera pública es la ejecución lenta, gradual y metódica de un gran plan de campaña, que tarda diez años en desenvolverse desde las márgenes del Plata hasta el pie del Chimborazo. Su ostracismo y su apoteosis es la consagración de esta grandeza austera, sin recompensa en la vida, que desciende con serenidad, se eclipsa silenciosamente en el olvido y renace en la inmortalidad, no como un mito, sino como la encarnación de una idea que obra y vive dilatándose en los tiempos".

Página inolvidable es ésta, que condensa en sus líneas la grandeza y la gloria del Capitán de los Andes. En el libro de Mitre, San Martín alienta con su augusta dimensión heroica y humana. Repitámoslo: pueden los tiempos y los estudios haber ensanchado la perspectiva y esclarecido la imagen grandiosa; pueden haber brillado nuevas luces merced a la incesante labor de los investigadores; pero el libro de Mitre permanecerá como un monumento alzado a la gloria de San Martín.

Los retratos de San Martín y de Bolívar no son los únicos notables en esta obra. La estampa de Sucre,

la de Páez, la de Juan Martín de Pueyrredón, no son menos admirables. De este último dice el retratista: "Patriota probado y uno de los precursores de la revolución, hombre de mundo, de buen sentido y juicio propio, con bastante carácter para sostener sus opiniones; con suficiente inteligencia para juzgar de la ajena y flexibilidad para someterse a las deliberaciones de una mayoría o a las exigencias de las circunstancias; con una ambición flotante, sin trascendencia, que se contentaba con el fausto externo del poder; moderado en sus pasiones políticas y sin opiniones comprometidas sobre los partidos; decoroso en su vida pública y privada, con la necesaria instrucción y sagacidad para estimar las virtudes de los demás; circunspecto y prudente, pero dotado de un coraje cívico que no retrocedía ante las responsabilidades colectivas". La efigie del doctor Gregorio Tagle, así como la de otros muchos personajes de aquella época, revelarían por sí solas a un escritor de raza y a un sorprendente evocador de hombres, de ambientes, de ideas y sucesos palpitantes entre las luces y las sombras de sus vastos cuadros. El gusto de Mitre por los paralelos —Moreno y Belgrano, Bolívar y San Martín— pone de manifiesto al hombre habituado a la reflexión filosófica, al conocedor del alma humana, al sociólogo capaz de desentrañar las corrientes ocultas que determinaron los acontecimientos y dieron directivas al vasto y complejo drama de la historia.

Aunque Mitre no haya buscado nunca conscientemente el efecto literario en esta obra, y aunque su estilo rehuya la profusión de galas, la emoción y la belleza la impregnan. Ella emana de la atmósfera y de los hechos recreados gracias a la evocadora virtud de un lenguaje preciso, flexible, en ocasiones casi lacónico, según cuadra al soldado austero relator de la vida de otro soldado, pero siempre vibrante y armonioso. ¡No en vano las alas de la poesía tocaron alguna vez la frente del escritor, dejando en ella una marca indeleble, cual la de aquella bala que en un combate la marcó también con una herida en forma de estrella! Fuerza expresiva, calor de vida y sortilegio de evocación préstanle a sus páginas el signo soberano del arte. Y podemos hoy los argentinos asegurar que el general Mitre, historiador de San Martín, fundador de la escuela científica en nuestras disciplinas históricas, levantó con su libro angular un magnífico pedestal a la imagen hecha bronce del héroe tutelar, ungida para siempre con el fervor patriótico, no sólo de

su pueblo, sino también con la gratitud de las otras naciones del continente que le deben la libertad.

En un capítulo famoso del "Quijote", hace el caballero andante un entusiasta elogio de las armas y las letras. Amaba ambas cosas el Manchego, y aunque practique sobre todo las armas, tan versado como en ellas se nos muestra en letras. Legítimo es, pues, ensalzarlas juntas, ya que en la historia del ingenio humano una y otra aparecen mil veces unidas en ilustres ejemplos. Capitanes - letrados y escritores - soldados abundaron en el viejo mundo, y el Renacimiento los contó por docenas. También los tuvimos en América.

Esa doble prosapia militar e intelectual evoca en mi espíritu el nombre del señor coronel Bartolomé Descalzo, presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, quien, además de hombre de espada, se destaca en nuestros ambientes como escritor, como orador, como profesor, como administrador, como hombre de acción, como admirable organizador; cualidades todas ellas puestas ahora al servicio de la más noble y fecunda de las causas: la que le consagra insuperable albacea de las glorias sanmartinianas.

Viniéndome de personalidad tal, los elogios con que el señor presidente ha querido honrarme al presentarme al auditorio, suscitan mi ufanía y mi gratitud. No me ilusiono demasiado, sin embargo, por su benevolencia, que debo atribuir y atribuyo solamente a la hidalga y generosa cortesía de quien los emitió; sin dejar por eso de recibirlos como alto —aunque inmerecido— galardón a mis afanes intelectuales; a mis largos y desinteresados esfuerzos por servir a los intereses de la patria en los campos del espíritu.

Señor presidente: quiera usted aceptar, junto con el testimonio conmovido de mi reconocimiento, el de mis sentimientos admirativos y cordiales.

